



Meury

Por Rogelio Serrano Pérez
Foto: Otilio Rivero Delgado

Meury nació en la “Vocacional” un día cualquiera. Lo asombroso, más allá de que naciera en una escuela, fue que su llegada al mundo no provocó escándalo alguno. El parto no levantó sospechas; sin embargo, este fue un curioso caso donde hija y madre se unieron en una misma criatura, no como en el embarazo, sino como si alguien pudiera ser progenitor de sí mismo.

A los 13 años María no sospechaba del extraño evento que se avecinaba. Por ahora era el sudor entre naranjales. Así pudiera sintetizar su secundaria básica en Sola. La separaron del confort de sus padres, que no siempre pudieron ir a verla, porque la “Vocacional” no estaba lista. Pasó trabajo, no obstante ve más bien que mal en aquel tiempo de sudar a raudales con azadones largos. Creció.

Sonríe recordando maldades como echarle fango en las botas a alguien o aprendizajes útiles como lavar y limpiar, o curiosos como el pelar naranjas sin que se le fragmentara la cáscara. No podía imaginar entonces que se convertiría en rectora de la Universidad de Ciencias Médicas de Camagüey, ni que apenas dos cursos le separaban de la escuela que la cambiaría para siempre.

Llegó la “Vocacional”. Ella sería de los primeros graduados allí, de los que participaron en la construcción del centro. No podía saber qué sería de su vida, pero pronto sintió cómo crecía con las clases, los amigos, la escuela toda.

“Fue la fragua para nosotros. Nos ayudó a ser revolucionarios, a saber compartir, a valorar a las demás personas. Para mí una gran cualidad es saber ser modestos y agradecidos, y esas dos cosas se las debo a la ‘Vocacional’”, dice María del Carmen, y los ojos rompen en aguas y no por llorona, es que habla de la escuela como algo tan íntimo como el hogar.

“Hoy, después de 40 años, viene alguien de mi grupo y es como si fuera mi familia. Si me piden un favor inmediatamente es una puerta abierta conmigo, es así”. Y modesta y agradecida me habla con cariño de ella y la “familia”: “Ordenada, aplicada, tranquila... Era una buena estudiante sin ser la mejor. En mi grupo había gente muy buena: Vivian del Rosario, ya fallecida, Ileana Diéguez, Ileana Betancourt, Sergio González, Serpa, ellos están fuera de Cuba; Frías, que es profesor de la Universidad de Camagüey”.

Sus compañeros le pusieron Meury. Desde entonces es más fuerte. Es como si llevara dos seres en uno. Porque el apodo denomina a la nueva María del Carmen, a su versión crecida. El mote, hijo de las clases de inglés, también sirve como sello para identificar como de la “Vocacional” a cualquiera aunque ella no reconozca la cara o la voz a primera vista.

“He participado en muchos de los encuentros de estudiantes y qué bueno es ver personas que no había visto en años. En las redes sociales me he topado con gente que jamás había vuelto a ver como Oscar Luis Arredondo, mi compañero de



graduación en 12mo., que lo hallé en Facebook.

“Otra alegría es encontrarse con algún profe. Me ocurrió con Norma Arce, de Biología. Fue paciente mía porque fui 10 años directora de la policlínica de Garrido, y en esa etapa la reencontré con su vida, sus hijos y la pude ayudar. Hay otros como Eloy y Pipo, que están desde mi época y le han dado clases a mis hijos, que también pasaron por la escuela”.

El respeto diario que predica a alumnos y colegas lo sacó también de la misma “Vocacional”. Entonces quien escribía en el pizarrón era casi tan joven como el del pupitre, “pero había mucho respeto. Recuerdo nombres como Xiomara Tello, Neisy, Eduardo, de Matemática. Todos muy buenos”.

Siempre hubo una fuga, un recodo especial en la escuela. “Conversábamos en la parte de atrás del CDIP, que tenía una sala de estar grande, escuchábamos música prohibida, en inglés, y hacíamos tertulias en los pilotajes”.

Graduada con honores de médico, aspiraba hacerse gastroenteróloga. Pero la llamaron para ser médico de familia. Acabó amándolo y en eso se especializó.

Ser fundadora de los médicos de la familia en Camagüey también la hizo crecer. Meury la ayudó sobremanera. “Fui a trabajar en el consultorio número 1 de la calle Nepomuceno, entre Palma y Verges. Conocí otro Camagüey: cuarterías, barrios, cosas a las que no estaba acostumbrada”.

Del consultorio a la policlínica, luego fue de misión a Venezuela y desde hace ocho años es rectora de “Ciencias Médicas”. En la base de todo está Meury. “En la ‘Vocacional’ adquirí responsabilidades de estudio que sirvieron de simiente para el trabajo. También influyeron mis padres, pero convivir con gente distinta me ayudó para todo en la vida. Aprendí a respetar las diferencias”.

“Teníamos un horario ajustado, nos daban el de pie con el din-don, campo o clases, según la sección que tocara, y por la noche el autoestudio. Había recreación los miércoles y los fines de semana que nos quedábamos en la escuela. La vida hay que organizarla para que te dé tiempo a todo, eso lo aprendí allá. Pasé por todas las enseñanzas, pero la ‘Vocacional’ fue mi mejor escuela”, dice María del Carmen Romero Sánchez, ya toda Meury, mientras confiesa que quiere más a su etapa del pre que de la Universidad. Algo que compartimos casi todos los que fuimos alumnos de nuestra casa de cuatro décadas.

Memoria prodigiosa

Por Enrique Atiénzar Rivero
Foto: Otilio Rivero Delgado/Archivo

Por múltiples razones, el 1ro. de septiembre de 1976 es una fecha inolvidable en la vida de Elvira Siso Viladón, la primera directora de la escuela vocacional Máximo Gómez Báez.

Aunque acumulaba experiencia en el sector, como subdirectora provincial de Educación, para ella esa responsabilidad constituyó una prueba de fuego. Tres días antes de la inauguración del centro por Fidel, Raúl Curbelo Morales, entonces primer secretario del Partido en Camagüey, le habló: “Necesitamos que asumas la dirección de la ‘Vocacional’”.

Elvira siente que fue ayer; sin embargo, las hojas del almanaque no se detienen y suman ya 40 años. Los recuerdos se le agolpan en la mente.

“Fue impactante por muchas cosas. Conocía la ‘Vocacional’ por los trabajos voluntarios, pero a partir de ese momento te imaginarás: un centro tan grande, con muchas complejidades y aprenderse todos aquellos datos, ya que Fidel pregunta en ráfagas”.

Elvira describe detalle a detalle el recorrido y lo expresado por Fidel, quien consideró las áreas verdes bellas y muy grandes, y le comentó: “Vas a tener que sembrar vegetales o algo porque no van a poder mantener tanto espacio”.

El anfiteatro le llamó la atención por su estructura y las áreas habilitadas para los artistas. Al lado de la piscina se sentó: “Me imagino que puedan traer niños de otras escuelas”, comentó, aunque hubo que pensarlo por la lejanía de la ciudad y la carencia de transporte.

Durante más de una hora, Fidel recorrió aulas, dormitorios; en la cocina se le explicó el objetivo del comedor-escuela, y dijo a quienes lo acompañaban: “Esto vamos a tener que hacerlo en otros lugares. Formamos especialistas, técnicos e investigadores de alto nivel y no saben comportarse en una mesa”.

En la dulcería probó varios dulces; vio algunos locales de cultura con instrumentos que no había en otros sitios. En el gimnasio no pudo sustraerse de lanzar unas pelotas hacia el aro de baloncesto. Por suerte, el esposo de Elvira, entrenador de ese deporte en Camagüey, conocido como el Tío Flores y presidente del Consejo de Escuela, le había advertido a ella: “Voy a echar en el maletero una pelota de baloncesto porque Fidel siempre que va a un gimnasio o área deportiva busca lanzar unas pelotas a la cesta”.

“Creo que menos una, todas las demás las coló en el aro. La escuela tenía los mejores entrenadores en todos los deportes, se ganaban muchas medallas”.

La entrevistada señala que ni un detalle se le escapa. Preguntó por el arquitecto Reinaldo Togores y lo felicitó. Finalmente, Fidel fue aclamado por la multitud que esperaba por el comienzo del acto, a las 5:00 p.m.

“Sus interrogantes te sorprenden. Me preguntó la cantidad de litros de agua del tanque elevado. Tenía cerca a un compañero de la construcción que le dijo la cifra a Noel Sánchez Ávila, entonces miembro del Buró Provincial del Partido, y este a mí, porque con él no vale el argumento de ‘acabo de llegar al cargo’”.

Dice que estar frente al Líder Histórico de la Revolución impresiona por su prodigiosa memoria y cuenta que antes de la inauguración caminó por los pasillos aéreos, para mirar y aprenderse los datos lo mejor posible.

De Fidel le impactó, además de su inteligencia, el carisma que posee, la capacidad de estar informado e informar y la sensibilidad hacia los demás.

“Él siempre tiene un mensaje que dar. La vida demuestra que pronostica sucesos con una visión extraordinaria: los problemas medioambientales, políticos, la alerta del



Durante el recorrido por la “Vocacional”, Elvira y el Comandante en Jefe.

período especial ante el derrumbe del campo socialista, en fin, lo que prevé ocurre”.

Rememora el contenido del discurso inaugural en el que llamó a estudiar, a cuidar el plantel y cómo debían ser los alumnos, muchos de ellos convertidos en excelentes profesionales y que se reúnen periódicamente en El vocacional ausente, incluso con los que han emigrado.

“Cuando era el pase yo les decía a veces al verlos con el desgano que iban a coger las guaguas: ¡apúrense! y me respondían: ‘la verdad es que nos vamos, porque tenemos que irnos’. Se sentían bien”.

Elvira estuvo al frente de la “Vocacional” durante cuatro cursos. Luego, entre otras responsabilidades, fue secretaria de la Asamblea Provincial del Poder Popular, y hoy disfruta de una bien merecida jubilación, al calor de su hijo y sus nietos en el reparto La Zambrana.

De su época como diputada a la Asamblea Nacional del Poder Popular durante la primera legislatura, recuerda también a Fidel como el hombre muy humano que no olvida a sus compañeros de lucha.